

RÍO DE TINTA

Como pintor que soy, quisiera, en el inicio, convocar a las imágenes que son la expresión que siento más propia y a su vez, el lenguaje que me permite trazar el transcurrir del viaje, no en su panorámica, sino en otro territorio en donde se hace posible y visible su esencia. Viaje adentro.

¿Por qué esta acción impulsiva de dibujar, manchar, encolar y colorear en mis cuadernos de ruta?. Sería acertado encontrar la respuesta en el "Karma". Como anotó en su día el profesor Joan Mascaró, el término "Karma" tiene relación con la raíz sánscrita "Kri", que también encontramos en las palabras "crear" y "creación". "Karma" es acción y la acción es vida. En este punto, hemos de recordar la máxima del poeta Joan Brossa que decía: "El arte es transformación y la transformación es vida".

Viajé por primera vez y por varios meses, a la India en el invierno del 2000. Regresé, por pura querencia india, tres años más tarde a conocer el Sur. A lo largo de mi estancia en Varanasi, cada día, a la misma hora, caminaba al atardecer en busca de sus peculiares postes eléctricos con esperpénticas marañas de cables que, como arbóreas caligrafías, se dibujaban contra un cielo de puro blanco. Hay quien ha visto, con acierto, en esta colección de mis fotografías de Varanasi, una bella metáfora a la cabellera ensortijada de Shiva, en donde tiene su origen la divinidad del río Ganges. La diosa Ganga.

Tiempo después, realicé un film, con el título de "Backwaters", de apenas tres minutos de duración, en donde volvía a expresar mi voluntad de "dibujar" con la cámara. "Backwaters" es un "traveling" filmado, en mi segundo viaje a la India el 2003, desde una barcaza arrocera que por unos días fue mi vivienda en travesía a lo largo de esta compleja red de laguna, ríos y canales de agua dulce que bordean el interior de la costa de Kerala en el oeste de la India. "Backwaters" es un palimpsesto filmico en el que se transmuta un escenario a través de la azarosa sinuosidad de unas cuerdas que van ocultando y revelando la negra silueta de la vegetación a lo largo de la orilla con la última luz del crepúsculo que se refleja en la pantalla del agua, como río de tinta. Sea uno u otro medio de expresión, sea el pincel o el objetivo de la cámara, detrás hay un mismo ojo que especta. Contemplar es una forma de participar. Mis "Papeles de la India", las fotos de "Varanasi" y el film "Backwaters" quieren ser el rastro de este viaje.

Si existe una experiencia alegórica a mi propio quehacer como pintor, esta es la del viaje. El viaje sin aguja de bitácora. Un divagar tan sólo con el equipaje de la experiencia, la intuición y las flechas del deseo... Todo errar nos ofrece el encuentro con lo imprevisto. El viaje nos "dibuja" nuestro contorno más íntimo e invita, a su vez, a la renovación de nosotros mismos en otras posibles configuraciones, desde el diálogo con otro escenario y sus manifestaciones.

Pertenezco a una generación que celebró su juventud bajo un término acuñado por aquellos años y hoy casi olvidado: "la contracultura". Quién recuerda hoy, por ejemplo, "El libro del tabú" de Alan Watts que, como tantos otros -en su mayoría publicados por la editorial Kairós- alimentó nuestras lecturas de entonces abriéndonos las puertas a Oriente, ante el desengaño del sueño de racionalidad occidental y su extinción del "espíritu", que era substituido por la medida de la razón que persigue lo que "debe ser".

Entre aquellas lecturas, una memorable: el libro de Alain Daniélou "Shiva y Dionisos"; como invitación al regreso a los orígenes de una religión primera y fundamental de la Naturaleza y del Eros. En aquellos años, la India fue el destino de muchos fugitivos de la norma, también fue el de su disolución en una precipitada meditación trascendental, pachulí y yoga de salón. No fui en aquel vuelo. Viajé, entonces, por otros territorios y culturas postergando el enigma de la India para más adelante. Y llego a ser, en su día.

Al escribir estas notas, repaso mis cuadernos de viaje a la India, entre sus páginas releo una frase escrita en aquel periplo: "Pintar es una manera de digerir lo que uno come con los ojos".

De mis dos estancias en la India fui reuniendo un centenar de obras –tendría que decir fosforescencias pintadas en su mayoría en habitaciones de hoteles o en cualquier otro lugar, con el deseo de atrapar apariciones y provocar imágenes, fruto de la contemplación, con la pretensión de tomar el pulso a este sorprendente escenario de la India, su epidermis y sus vísceras. Manchas, trazos, collages... huellas que celebran, a través de la sensibilidad, el viaje transformándolo en emociones estéticas y visuales. Posteriormente, estas obras se presentaron en Barcelona y Nueva York con el título de "Papeles de la India", como frutos de mi atracción por el subcontinente y sin duda, cantera para las ilustraciones que realicé años más tarde del libro "Las mil y una noches".

En alguna ocasión, como la presente, me he preguntado en que se sustenta esta atracción por la India. No es fácil dar una respuesta, más allá de los manidos tópicos indios. Pero en honor a la verdad, diría que es por una pura experiencia estética, una fluidez y expansión de la conciencia que se da en la anulación temporal de lo cotidiano y propio, a través de la complejidad que ofrece, aún hoy, explorar la inabarcable y espectacular India. En este punto, es inevitable hacer referencia a un termino sánscrito o mas exactamente, una teoría denominada "Rasa"; en la que un sentimiento básico se transforma en un sentimiento estético. Rasa es la intensificación de un estado emocional básico que se verifica al combinarse los determinantes, consecuentes y estado transitorio con el estado emocional básico mismo. "Rasa" es una visualización de las emociones, gusto por la escenificación y a su vez es la "esencia" de la representación. El deseo de expansión en otra realidad, es una necesidad fundamental de mi naturaleza.

Desde el confín de la cultura occidental, mi aproximación a la India no deja de ser tangencial ante sus infinitas ramificaciones. Antes de viajar a la India ya admiraba su poética y la expresión de su arte y de una manera especial el arte del tantrismo más por la concupiscencia de la mirada que por el significado de sus imágenes, en múltiples deidades y enigmática sensualidad. Con el tiempo estas imágenes me han ido revelando su nombre y su relato, su vehículo y símbolo.

No se puede abrazar la India ignorando su dimensión cósmica y espiritual, su poética y su epopeya. La India condiciona a emplazarnos en una posición desde donde percibir sus múltiples expresiones y sutiles energías invitando, a su vez, a armonizar con ellas dando alas a nuestras emociones. Hoy en día, que podemos volar sin escalas y navegar en la inmediatez de la red, nos parece próximo todo lugar. Es posible que ya no existan lugares lejanos, pero si existen lugares remotos. Más allá de la distancia, lugares remotos en el tiempo. En un tiempo cíclico que se resiste a entrar en el tiempo de la historia. Así es en la ciudad santa de Varanasi. Imposible quedarse inmune ante el asalto de los muchos acontecimientos que ofrece la India. Sobre todo la posibilidad de una otra mirada

a nuestra visión occidental y antropocéntrica. Su reflexión y experiencia de la realidad es otra. No es hacia aquí o hacia allá, es interior y accede a esta unidad interior desde la conciencia de formar parte de una expansión universal, desde su visión cosmocéntrica.

El día en que llegué a Varanasi, era víspera de la festividad de "Holi" en la que se celebra la plenitud de la primavera. De camino a la orilla del Ganges, uno se adentra en su gran avenida bulliciosa o deambula por sus callejuelas sombrías y como siempre y una vez más en la India: la apoteosis del color, la avalancha de los olores, la danza de los ojos... finalmente llegar al río del que dicen que no da al mar, sino al cielo.

El río que recuerdo observando, como un brumoso escenario, desde el fascinante anfiteatro que son las escalinatas de sus "ghats", donde todo puede ocurrir ¿o ya ocurrió? Anocheció en plenilunio aquella víspera de "Holi". Eran muchos y de todas las edades, los que danzaban en torno a grandes hogueras de trastos viejos de las que sobresalía una esperpéntica figura de un demonio femenino al que cantaban por su nombre de "Holika". El fuego de la renovación de ciclo del año junto al río de la reencarnación.

A la mañana siguiente, no quise eludir la batalla por toda la ciudad, en donde los hombres, unos a otros, se lanzan chorros de líquidos entintados de rojo, verde, amarillo, azul, rosa... nadie ni nada se libra, incluso los perros escuálidos eran víctimas de esta explosión de color. Por unas horas esta costumbre ancestral, ofrecía la excentricidad y la transgresión entre el bombardeo y el abrazo, rociados de colores. Ni que decir tiene, que yo fui en aquella mañana, inevitable diana, a ser entintado como un mapa moteado de colores. Al atardecer, llega la tregua. Los hombres todos de blanco, y con un punto rojo en la frente, las mujeres lucen sus saris, a cual de mas bello color. Así fue, en breve crónica, mi llegada a Benarés o como la denominan en hindi, Varanasi. Nombre que surge como una contracción de los ríos que la delimitan por el norte el Varuna y por el sur el Assi.

Ante la sinuosa curva del Ganges que transcurre entre sus dos orillas, al oeste se extiende la ciudad de Varanasi entregada al río en un infinito graderío y templos anegados en sus aguas. En frente y al este, la orilla desierta y maldita. Río adentro: la tercera orilla del Ganges, a la que todo hindú desea viajar para purificar, en un zambullido, sus culpas y si el peregrinaje es en el crepúsculo de la vida, expirar y ser incinerado en la ciudad santa del hinduismo, junto al río, otorga una mejor reencarnación en el continuo ciclo del Karma. La tercera orilla del Ganges, recibirá sus cenizas.

Agua sagrada que desciende amplia, negra, espesa, parsimoniosa en la que serpentean guirnaldas de flores y flota algún que otro animal tan inflado como acartonado e incluso, restos de miembros de cadáveres que en su misérrimo final apenas han podido pagar unos pocos troncos en las grandes balanzas, ante las inmensas pilas de madera de los crematorios. La muerte en Benarés tiene el precio de la llama.

El Ganges es toda la razón de ser de la ciudad de Varanasi así como su reflejo en el agua, es su eterno presente. Tomar asiento en uno de los peldaños de sus "ghats", a observar las abluciones y la oración de hombres y mujeres vestidas con saris, que refuerzan su color al sumergirse en el agua. Sombrillas de azarosos colores comidos por el sol protegen a sacerdotes y masajistas... trajín de barcazas sobre la piel del agua. Y aquí y allá, boñigas de vaca, escupitajos rojos de "paan", esas hojas de betel mezcladas con tabaco que rumian constantemente y estimulan la salivación de estos indios de dientes como ensangrentados. La niña que vende guirnaldas y duerme en una caja de cartón con flores. El plato ciego del mendigo de ojos blancos. Peregrinos llegados a la ciudad

imperecedera, barberos, lavanderas que flagelan sobre lápidas de piedra y estrujan sus ropas que tienden sobre las escalinatas al sol... tullidos, vagabundos y hippies zombies... todo un enjambre de seres, que poco a poco, llegada la noche se aparece convertida en una constelación de veladoras como ofrendas a Ganga río abajo.

Entonces nos asalta un sentimiento, el mismo recuerdo que anotó en sus páginas sobre Benarés el escritor rumano Mircea Eliade: "la ciudad se silencia por un instante pensando en el sol que saldrá mañana, después se duerme. El misterio de la noche oriental, que renace como todo misterio, cada noche." Regreso al amanecer. De nuevo empieza el trasiego junto a la orilla del Ganges que por unos segundos, es de un rojo infernal por el gozo del sol en el horizonte. Y sigue, todo el día, el graznido de los cuervos merodeando la parca y el olor penetrante de la carne chamuscada que se eleva de las piras funerarias por sus serpenteantes columnas de humo negro.

Fue el poeta Octavio Paz quien, con acierto, manifestó la existencia de dos ideas críticas que de algún modo sintetizan la diferencia entre la India y Occidente: frente a la desdicha de ser hombre, en la India se propone la liberación, mientras los occidentales se decantan por la redención. Más allá de nuestro inconformismo occidental ante la muerte, me aproximé al círculo de hombres y mujeres entorno al cadáver en su ceremonia. La muerte en Varanasi tiene su antesala en uno de los edificios mas fantasmagóricos y ennegrecidos nunca vistos que, con el nombre de "Manikarnika", es el principal crematorio de la ciudad en donde viejos hindúes esperan su fallecimiento para ser incinerados y sus cenizas vertidas al río, en su disolución en el agua sagrada como vía inmediata de acceder a la otra orilla, en la que se varan los espíritus una vez superado el ciclo de reencarnación.

Sin ningún pavor, la natural convivencia con la muerte llega a ser, en Varanasi, comunión. Rememorar ahora, el último comentario con el que cierra, Pier Paolo Pasolini, su escrito de impresiones de viaje a la India, en una noche en Varanasi junto a una pira funeraria a la que se había aproximado con sus compañeros de viaje, Alberto Moravia y Elsa Morante. Y dice: "Así reconfortados por la tibieza, observamos más de cerca a esos pobres muertos que arden sin molestar a nadie. Nunca, en ningún sitio, a ninguna hora, en ningún acto hemos experimentado un sentimiento tan profundo de comunión, de tranquilidad y casi de júbilo a lo largo de toda nuestra estadía en la India."

Varanasi es la ciudad de la muerte. Su divinidad es la de la destrucción y la muerte: Shiva. Sin su presencia no habría crecimiento ni regeneración. Su advocación como señor de la danza (Shiva Nataraja), es la de un ser andrógino que aúna todas las polaridades y es representado con cuatro brazos, a menudo está rodeado por un halo de fuego danzando sobre el cuerpo del demonio de la ignorancia y de los deseos. El danzante cósmico cuya danza hizo temblar el cosmos, dando lugar al ritmo primigenio que pone en movimiento las partículas del universo e inicia la vida.

Aquel día, aunque seducido por la visión de la llama, me alejé del hedor a muerte que emanaba de los crematorios de Varanasi y pensé entonces que la belleza no es lo contrario de la fealdad. Pensé, también, en que la India, una y otra vez, nos secuestra la mirada por sus inusitados contrastes y lacerado paisaje, descubriéndonos más allá de la seductora luz de la llama, lo más íntimo de nuestro ser: la ceniza. La belleza siempre hiere.